

al mundo y lo deslumbró con sus relámpagos, y en las erupciones de su fe levantó montañas.

Esta es, en un apretado resumen de sus propias palabras, la visión unamunesca de la relación del paisaje y el hombre de Castilla. Si todo no ha de entenderse como una metáfora, al estilo romántico, si hay de verdad una conexión, algo como una relación de causa a efecto entre el paisaje seco y recortado y el alma, tosca y vulgarmente realista, de un lado, e idealista por otro, yo la vería en un patético conflicto. De un lado, la reacción primitiva, bravía, a los colores planos sin matices, fuertes—*Azorín* los describirá con más viveza, con adjetivos más «impresionistas» que *Unamuno*, y el gran pintor de Castilla, *Benjamín Palencia*, usará las tintas violentas—, colores enmarcados en unas formas geométricas, sin la gracia de la curva. Allí no hay formas táctiles, ese elemento de unión entre el color y el espacio. Del otro el disparo dinámico hacia los horizontes montañosos y el infinito del cielo. Dentro del alma del castellano, como quiere *Unamuno*, lucha su reacción a los dos elementos extremos del paisaje. Y su historia se desplaza hacia un lado u otro. Castilla, en su máximo esplendor, se dejará arrastrar por su horizonte; despedida de sus tierras pobres buscará más allá, en los confines de España, las tierras ubérrimas y los mares ilimitados. En el cielo buscará ansiosamente a Dios. Y los guerreros traerán como presa la unidad de España; los marinos un mundo nuevo. Sus místicos las más excelsas vivencias religiosas.

Más tarde, pasada la hora del cúlmén, el castellano volverá hosco, seco y primitivo al mandato de los afectos primarios, a los amarillos, los rojos y los verdes de su gleba. Y apenas si, inclinado sobre la tierra, con la mano en la esteva, levantará de vez en vez su mirada al horizonte.

Sobre Andalucía y el andaluz *Ortega* ha intentado una teoría bastante cerrada, si bien él, fiel a sus puntos de vista

